



# «Hacia un renovado Pentecostés»

Día de la Acción Católica  
y del Apostolado Seglar 2020

Materiales para la reflexión



© Editorial EDICE  
Añastro, 1  
28033 Madrid  
Tlf.: 91 343 97 92  
[edice@conferenciaepiscopal.es](mailto:edice@conferenciaepiscopal.es)

# Material para la reflexión

En virtud del bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. *Mt* 28, 19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea solo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros»<sup>1</sup>.

Sin duda, durante este año con la preparación y ahora el post del Congreso de Laicos hemos podido constatar que estamos viviendo una experiencia del Espíritu. El pueblo santo de Dios se llena de esperanza porque sabe que el Espíritu prepara los corazones, ilumina la conciencia, orienta las decisiones y acompaña en los caminos de la vida y de la historia. Por eso podemos decir con rigor que el Congreso Nacional de Laicos ha sido un *kairós*, un momento de gracia, de cuyo significado y alcance aún no somos plenamente conscientes.

---

<sup>1</sup> FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 120.

## Llamados a caminar en sinodalidad, espiritualidad y discernimiento

Los movimientos de Acción Católica reconocemos y agradecemos, como una gracia, la misión que la Iglesia nos ha encomendado de salir al encuentro, de cuidar y acompañar procesos de fe que, entrelazados con la vida, generan esperanza, responsabilidad compartida y alegría, tarea esta que dinamiza y pone en acción nuestro ser misioneros. Todas las personas bautizadas somos invitadas a no dejar de poner nuestros ojos en Jesucristo, «Aquel que inicia y culmina nuestra fe» y a ser arriesgados en los métodos, estructuras, formas de llegar y expresar la Buena Noticia, teniendo en cuenta la realidad cambiante y diversa que hoy vivimos.

### Reconociendo...

La convicción de la acción de Dios, en su Espíritu, hace que todo el camino esté impregnado de su presencia. Estamos inmersos siempre en la acción del Espíritu, ya que vivimos en un mundo que ha sido redimido, en el que el Espíritu ha sido dado a todas las personas bautizadas. En este sentido, el momento de escuchar con humildad y hablar con valentía está impregnado de la acción de Dios, por lo que este primer momento no se reduce a un análisis de tipo sociológico, porque la realidad se contempla no como una materia neutra, sino que habla de la acción del Espíritu.

Reconocemos que estamos viviendo un momento eclesial caracterizado por un renovado impulso misionero en nuestra Iglesia. Acojiendo con responsabilidad y entusiasmo una mayor conciencia de la importancia del laicado en la tarea evangelizadora, nos encontramos actualmente con un laicado más comprometido y consciente de la necesidad imperiosa de asumir el protagonismo al que estamos llamados, por el bautismo, a construir el Pueblo de Dios.

Descubrimos en muchos fieles laicos el deseo de un encuentro con Cristo más sincero y auténtico, la búsqueda de una fe más sólida y fundada en la relación personal con Él. El encuentro con Cristo nos lleva a considerar en mayor medida la importancia de la comunidad como referencia y como espacio para la vivencia de la fe y la celebración de los sacramentos. Esta mayor conciencia de la identidad laical tiene una profunda raíz espiritual y pone en valor la centralidad de la misión entre las personas sobre todo entre las más empobrecidas, transformando paulatinamente nuestras comunidades en espacios de acogida y de encuentro de muchas personas que se sienten descartadas.

Cada día somos más conscientes de estar llamados a ser minorías creativas, que sepan aprovechar las nuevas oportunidades y los nuevos espacios para anunciar a Jesucristo y el kerigma. Hemos aceptado la autonomía de lo temporal y la idea de que la fe se propone y nunca se impone, comprendiendo que nuestra labor consiste en anunciar, acompañar, ofrecer el Evangelio como referencia en un contexto de crisis moral y ética, luchando contra las injusticias, defendiendo la dignidad de la persona humana para hacer posible el reino de Dios, y todo ello asumiendo la pluralidad de perspectivas, de culturas y puntos de vista que se dan en las personas de nuestro entorno.

Los nuevos tiempos traen nuevas preguntas y, por lo mismo, somos conscientes de que los cambios antropológicos y culturales que estamos viviendo se convierten para nosotros en retos, como puede ser: el reconocimiento del protagonismo que están adquiriendo las mujeres en coherencia con su dignidad de bautizadas; el sabernos situados del lado de quienes sufren este sistema que oprime, descarta y mata, que abandona a muchas personas en las periferias existenciales; el cuidado de nuestro planeta como casa común y obra de Dios, que exige de nosotros seguir profundizando en el significado

de la creación; la importancia de la cultura digital o la presencia activa de los jóvenes en la Iglesia. Todos estos, entre otros, suponen signos de alegría, ánimo y esperanza.

### Interpretando...

El discernimiento es el método y a la vez el objetivo que nos proponemos: se funda en la convicción de que Dios está actuando en la historia del mundo, en los acontecimientos de la vida, en las personas que encuentro y que me hablan<sup>2</sup>.

Solo gracias a ese encuentro -o reencuentro- con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero<sup>3</sup>.

### Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo<sup>4</sup>.

Tú también necesitas concebir la totalidad de tu vida como una misión. Inténtalo, escuchando a Dios en la oración y reconociendo los signos que él te da. Pregúntale siempre al Espíritu qué espera Jesús de ti en cada momento de tu existencia y en cada opción que debas tomar, para discernir el lugar que eso ocupa en tu propia misión. Y permítele que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy<sup>5</sup>.

---

<sup>2</sup> FRANCISCO, *Discurso* al inicio del Sínodo dedicado a los jóvenes (3.X.2018).

<sup>3</sup> FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 8.

<sup>4</sup> FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 273.

<sup>5</sup> FRANCISCO, *Gaudete et exsultate*, n. 23.

## Situar a Cristo en el centro es la premisa imprescindible para ser misioneros valientes

A nivel personal, la fe se ha de hacer vida, pasando de la teoría a la experiencia, profundizando en las implicaciones que tiene para nuestra existencia y para la sociedad de la que formamos parte. «Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra»<sup>6</sup>. El mensaje ha de ser coherente con nuestra vida y fiel reflejo del Evangelio. Vivir en serio la llamada a la santidad es la vía eficaz para llevar a cabo nuestra misión. A ello pueden ayudar la revisión de vida y el proyecto personal de vida cristiana.

A nivel colectivo, nuestras comunidades de referencia han de ser forjadoras de fraternidad, potenciadoras de los distintos carismas que inspira el Espíritu, espacio desde donde discernir juntos y lugares abiertos al cambio. Lejos de aislarse en sí mismas, han de mostrar la belleza de la Iglesia universal. En ellas, la participación de los laicos en la toma de decisiones debe ser real y efectiva. Desde ellas, la apertura a otras realidades eclesiales para trabajar unidos y desarrollar acciones pastorales conjuntamente y fomentar la presencia en las estructuras sociales son caminos que hemos de recorrer.

### Y eligiendo...

Si has perdido el vigor interior, los sueños, el entusiasmo, la esperanza y la generosidad, ante ti se presenta Jesús como se presentó ante el hijo muerto de la viuda, y con toda su potencia de Resucitado el Señor te exhorta: «Joven, a ti te digo, ¡levántate!» (Lc 7, 14)<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> FRANCISCO, *Gaudete et exultate*, n. 14.

<sup>7</sup> FRANCISCO, *Christus vivit*, n. 20.

Nuestra misión es acoger y proclamar el reino de Dios y su justicia, porque «en la medida que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos»<sup>8</sup>.

Nuestra vida, por tanto, es la misión y nuestra meta la santidad: vivir reflejando a Cristo en nuestra vida, desde la donación de amor que provoca en nosotros la experiencia del amor de Dios. Como Jesucristo, entregamos nuestra vida por amor para que otros puedan vivir. Nuestra misión es nuestra vida, vivida para la comunión; ese es el sentido de nuestra vida. Hemos de recordar lo que nos dice el papa Francisco cuando nos insiste en que «la vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás»<sup>9</sup>.

Nuestra misión (nuestra vida) tiene que expresarse también en la dimensión eclesial, en la dimensión social y política de la fe. En lo eclesial porque nadie se salva solo y porque es la Iglesia, Pueblo de Dios, la que evangeliza. En lo social y lo político porque el amor que configura nuestra humanidad genera unas relaciones sociales, interpersonales y, en consecuencia, políticas, nuevas; unas relaciones de fraternidad que no se agotan en el pequeño círculo de mi familia o mi comunidad parroquial, o mi movimiento, sino que queremos que sean la trama sobre la que construir todas nuestras relaciones sociales.

Por ello, el reto que tenemos es mostrar con nuestra vida y nuestra palabra que Jesucristo es el fundamento de la justicia y que no puede haber justicia sin Él. Sin esa vida y sin esa palabra, no conseguiremos superar la dramática ruptura que nuestro modelo social y la cultura del individualismo egoísta ha provocado entre la razón y el amor.

---

<sup>8</sup> FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 180.

<sup>9</sup> FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 10.

Por lo tanto, necesitamos recuperar el valor sagrado de la dignidad humana y la felicidad del amor a las personas más empobrecidas como proyecto de vida y como criterio de organización social. Y para ello es necesaria la razón de la Cruz, que une razón y amor, y la esperanzadora Resurrección repleta de vida entregada por amor. Sin esto no hay proyecto de humanización posible.

### Nuestra vocación como misioneros

Escuchando la invitación de Jesús, «Id y haced discípulos de todos los pueblos», debemos de «salir hacia fuera», «ser Iglesia en salida, en permanente estado de misión», «presentes en las periferias», como nos recuerda el papa Francisco<sup>10</sup>, siendo levadura o fermento en medio de la masa, porque es la vocación permanente que tenemos como Iglesia.

El papa también nos dice «no tengan miedo» de ir y llevar a Cristo a cualquier ambiente, hasta las periferias existenciales, también a quien parece más lejano o indiferente. El Señor busca a todas las personas sin excepción y quiere que todas sientan el calor de su misericordia y de su amor. Y por ello, nos invita a ir sin miedo con el anuncio misionero, allí donde nos encontremos y con quien estemos, en el barrio, en el estudio, en la familia, en el deporte, en las salidas con los amigos, en el voluntariado o en el trabajo. Queremos ser el Pueblo de Dios, misionero y santo, en nuestro contexto. Por lo tanto, nos ponemos en las manos del Espíritu que nos precede y guía en este camino sinodal, como Pueblo de Dios en salida.

Sin duda alguna, estamos viviendo en la Iglesia un renovado Pentecostés. Tenemos ahora la responsabilidad de ser fieles a la llamada concreta que hemos experimentado con este camino compartido. Sintiéndonos acompañados por el papa Francisco y por toda la

<sup>10</sup> Cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, nn. 20-49.

comunidad eclesial, con el deseo de hacer vida sus palabras, afirmamos que es la hora de los laicos, hombres y mujeres bautizados comprometidos con el mundo que

con su modo de vivir sean capaces de llevar la novedad y la alegría del Evangelio allá donde estén. Los animo a que vivan su propia vocación, inmersos en el mundo, escuchando, con Dios y con la Iglesia, los latidos de sus contemporáneos, del pueblo. (...). Por lo tanto, no tengan miedo de patear las calles, de entrar en cada rincón de la sociedad, de llegar hasta los límites de la ciudad, de tocar las heridas de nuestra gente... esta es la Iglesia de Dios, que se arremanga para salir al encuentro del otro, sin juzgarlo, sin condenarlo, sino tendiéndole la mano, para sostenerlo, animarlo o, simplemente, para acompañarlo en su vida. Que el mandato del Señor resuene siempre en ustedes: «Vayan y prediquen el Evangelio» (cf. *Mt* 28, 19)<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> FRANCISCO, *Mensaje* a los participantes en el Congreso Nacional de Laicos (14-16.II.2020).



